

Recibido: 15-09-2019 • Aprobado: 15-10-2019

La historia de la humanidad es la historia de nuestros desplazamientos

The history of humanity is the history
of our movements

DOI: <https://doi.org/10.29166/tyc.v1i19.2066>

Corredores migratorios

Nuestro proyecto se llama *Corredores migratorios*. Reúne materiales editoriales y documentales, crónica, fotografía, ilustración, trabajo periodístico y académico acerca de las migraciones con el objetivo de construir respuestas colectivas y políticamente claras a favor de la movilidad humana y la descriminalización de las personas migrantes. Lo integramos Cristina Burneo Salazar, escritora y docente universitaria ecuatoriana; Isabel González Ramírez, periodista colombiana; y Josep Vecino, fotoperiodista catalán. Nuestro trabajo consiste en registrar de forma gráfica y textual, siempre amplia, el mundo de las migraciones, el refugio, el retorno y los desplazamientos humanos en general en procesos sociales que además acompañamos en diversos grados, y como editorxs convocamos a colectivos, personas y organizaciones a enviarnos materiales a favor de la movilidad.

Correo: info@corredoresmigratorios.com; redaccion@corredoresmigratorios.com

Resumen

Esta selección de materiales es un aporte de *Corredores migratorios* para *Textos y contextos* a partir de varias ideas compartidas respecto del valor de las narrativas en la comprensión de la realidad social. Así como las fronteras no deben quebrantar la libertad de las personas, así los géneros no pueden constreñir la libertad de los relatos. En este trabajo se combinan de manera armónica una intención política y una intención literaria; un impulso pedagógico y un impulso narrativo; una escritura periodística y una escritura testimonial para dar cuenta de un estado de cosas complejo que requiere mucho más que un solo modo de ver.

Palabras clave: migración forzada, Peguche, Venezuela, xenofobia, ACNUR, Casa Machánkara, personas refugiadas.

Abstract

These materials' selection is a contribution of *Corredores migratorios* to *Textos y contextos* from several ideas which were shared in respect of narrative value in the social reality understanding. As well as borders must not break people's freedom, text genres should not constrain the telling stories freedom. This work combines a well-balanced grouping a clear politica and a literary intention; a pedagogical and also a narrative impulse; journalistic and testimonial writing in order to take into account of certain complex things which requires much more than a single way of seeing the worldwide migration.

Keywords: forced migration, Peguche, Venezuela, xenophobia, UNHCR, Casa Machánkara, refugee people.

1

Manifiesto de Corredores migratorios

Nuestra consigna es abrir simbólicamente corredores migratorios en nuestros países y dar cuenta de nuestros desplazamientos poniendo en marcha narrativas, datos, imágenes y miradas a fin de interpelar las políticas de cierre de fronteras que atraviesan las Américas y que se van consolidando desde Estados Unidos y las prisiones para niños en Texas hasta las fronteras menos visibles impuestas a pueblos enteros en situación de desplazamiento forzado a lo largo del continente.

Políticas elaboradas de formas similares en nuestros países, actos coordinados de deportación, expulsión ilegal y la criminalización de la migración, así como nuevas formas de esclavitud y explotación se ven cada vez más apoyados por sociedades en donde la xenofobia y el racismo se expresan de formas alarmantes.

El odio a quien huye de la pobreza y la violencia se convierte en expresión de una ignorancia elegida o una impuesta por décadas de educación limitada o inexistente: una manera en que el poder se perpetúa a sí mismo es provocando conflictos entre oprimidos, y una manera en que se legitima dentro del aparato estatal es fabricando enemigos.

Hoy, la migración alimenta el discurso securitista de los Estados nacionales y justifica la ilegalización masiva, que pone en riesgo de muerte a cientos de miles de personas que atraviesan nuestras fronteras todos los días.

Queremos construir respuestas y argumentos contra ese securitismo y contra la comprensión del otro como invasión, plaga o amenaza, cuestionando

también las formas inmunológicas de nombrarlo.

El colectivo que vamos formando intenta dar cuenta también de nuestros propios movimientos migratorios. Trabajamos desde Quito, y nosotros y quienes colaboran en este proyecto compartimos varios orígenes nacionales, status migratorios, pasados y presentes migrantes, y ponemos en valor cada cruce de fronteras que haga posibles nuestro trabajo y nuestra existencia. La historia de la humanidad es la historia de nuestros desplazamientos.

Esperamos mantener los corredores abiertos y lograr, quizás, abrir con ello nuestra comprensión del otro, siempre bienvenido en su diferencia, por su diferencia.

2

Después del páramo de Berlín

Por: Cristina Burneo Salazar

Trabajo fotográfico: Josep Vecino

Marcos es de Venezuela y lleva muchos años en Ecuador. Es el sacerdote de la parroquia de Peguche. Allí, abrió el año pasado un albergue para migrantes venezolanos que caminan por nuestros países huyendo del colapso del suyo. Decir esto parece simple, pero es un trabajo que surge de la nada: Marcos inició conversaciones con el barrio Santa Lucía, en donde la directiva solidariamente acogió su idea, luego consiguió para el arriendo y buscó colchones y ropa. Las donaciones fueron llegando: una lavadora, unas literas, comida. Siempre se resolvió sobre la marcha la comida de cada día, las mantas, los zapatos que todos necesitan al llegar con los



talones partidos y llagas en los pies, medicamentos para bajar la fiebre y para deshinchar rodillas. Hacer de la nada a favor de los otros siendo capaces de imaginar lo ausente.

El proyecto de Marcos es parte de una red “no coordinada” pero existente de puntos solidarios de nuestros países que reciben a los caminantes venezolanos por una noche para que se duchen, se recuperen y puedan pensar que hay mañana. Marcos aún no conoce a Carmen, por ejemplo, la mujer de El Juncal que ha recibido en su casa a más de ocho mil caminantes. Ellos, a su vez, no conocen a los hombres y mujeres del sector del Páramo de Berlín, en Colombia, que llevan y traen a gente en sus carros y les dan comida para seguir. El Páramo de Berlín es un cruce que se hace hasta a diez grados bajo cero. Hay frailejones y lagunas, pero los

caminantes no pueden contemplarlos: tienen que sobrevivir a la hipotermia, el vómito y el frío.

Quienes llegan a Ecuador han cruzado ese páramo. Marcos sabe, por ejemplo, de una familia que ha muerto de hipotermia allí. Son el padre, la madre, y sus bebés. Muertos en un abrazo. ¿Quién va a acusar recibo de esta denuncia? ¿Ante quién se denuncia, para empezar? ¿Vamos a seguir diciendo que vienen a quitarnos los trabajos cuando ni siquiera sabemos si van a llegar vivos?

Del Páramo de Berlín llega también una muchacha que camina de Venezuela a Colombia con un embarazo de cuatro meses. Al avanzar a Ecuador y a punto de cruzar el control fronterizo en Rumi-chaca, las autoridades ecuatorianas no aceptan las pruebas de embarazo que trae y la envían a hacerse un eco. Ese eco, que

puede hacerse por pura suerte porque ese día la puede ayudar la Cruz Roja, indica que su bebé ha muerto una semana antes en su vientre por los efectos de la caminata y por el trauma que le ha significado ver morir a un hombre de hipotermia. Sí, porque decenas de personas mueren en el frío cuando van camino de Bucaramanga.

Durante el tiempo del albergue, Marcos fue escucha de una narración colectiva que traían los caminantes a Peguche y que debería ser hoy testimonio suficiente para abrir los corredores para ellos. Cada cierre, cada abandono, cada requisito de los Estados venezolano, colombiano, ecuatoriano, peruano a los migrantes en los caminos, produce miles de muertes, pero nadie acepta la responsabilidad sobre esas vidas. Irse sin los hijos, sin la madre, sin la pareja, dejando al padre en agonía, no es irse por la propia voluntad. Llegar con los pies reventados, con la familia asesinada por la negación de una catástrofe humanitaria, no es irse sin más. Al mismo tiempo, la valentía para la huida y el coraje de pensar que se puede sobrevivir son, igualmente, innegables.

Hasta julio de este año, en Peguche no se había escuchado “nos vienen a quitar los trabajos” ni había cacerías xenóforas de migrantes como la que hubo en Ibarra en enero. “Nosotros tenemos poco, pero de lo que tenemos, de la cosecha, sacamos maicito para darles, lo que tengamos, porque da pena verles llegar así sin nada, con frío. Mañana podemos ser nosotros, ahora son estos señores, que por ser ajenos no son malos”, dice Fabiola, vecina de Santa Lucía, mientras arregla sus textiles en su casa-taller, en donde su familia trabaja con tres telares. Su esposo Luis relata que su primo ha vivido en Venezuela por décadas. “Yo no sé si está

vivo, ojalá, pero siquiera unos seiscientos somos de Peguche allá, migramos bastante. Igual que nosotros fuimos allá, ahora ellos vienen acá, entonces sí les ayudamos. Los que volvieron de Venezuela volvieron con ahorros para comprarse una casita, tierra, entonces sí vale ayudarles”, dice Luis, con la claridad que no tienen gobiernos enteros.

De cada diez personas que llegaban al albergue en Peguche, de siete a ocho eran hombres. Viajaban en grupos, se iban juntando o salían entre primos, hermanos, vecinos y ya sabían de la casa que Marcos había abierto. En el trayecto, los caminantes pueden sufrir hasta cuatro asaltos que los dejan sin papeles, sin fotos de su familia, sin las cartas que les dan de despedida, sin el bucle de pelo, sin la estampita de bendición, sin las mantitas que llevan el olor de sus hijos. Necesitan toda la solidaridad del mundo para poder cruzar a pie cuatro países y no morir de soledad, frío, abandono, miedo, hambre o derrota. Las mujeres que caminan suelen cruzar con sus parejas o padres, pero esto no significa que se salven de probables violaciones, de explotación sexual, de abortos no deseados, de trata. En los caminos acecha también el narco, que les puede obligar a transportar lo que sea con la promesa de ayudarles a llegar, esto se sabe ya hace mucho en nuestros países.

Rafael trabajaba con Marcos en el albergue. En abril, los acompañamos en el vía crucis en las comunidades de Peguche: Arias Uko, Agato, Quinchuquí. “Aquí saben lo que es migrar, son sensibles a esta realidad, por eso nos entienden”, nos contaban. Llama la atención ver en una comunidad indígena kichwa hablante a un joven caribeño llegado de lejos con lo inenarrable del viaje todavía en el rostro. Ha vivido en el albergue, acaba de encon-

trar trabajo y está por comprarse un celular. Va a trabajar en casa de una familia de Peguche. En ese inenarrable se abre una posibilidad: Venezuela en Peguche, los niños pequeños repitiendo “cónchale” para aprender del otro, los encuentros a pesar de todo, la solidaridad. Hay vida después del Páramo de Berlín. Es inesperada y precaria. Existe.

El cierre del albergue

En julio de este año, tres hombres fueron acusados del robo de un vehículo en Peguche. Son de origen nacional venezolano. Hasta ahí llegó la diferencia entre Ibarra y Peguche. Es cierto que no hubo un linchamiento irracional contra la población de Venezuela, pero sí se tomaron, inicialmente, medidas xenófobas: todos los “extranjeros” debían abandonar Peguche dentro de tres días. ¿Eso incluía a Marcos, su propio párroco? ¿Incluía a gente con una vida en la comunidad que no había cometido ningún crimen? ¿Cómo se puede decir de golpe y porrazo “se van todos”? Por supuesto, al irse todos los “extranjeros”, el crimen no va a desaparecer, porque no depende de la nacionalidad de nadie. Y cada vez, ante cada hecho, la compulsión securitista: expulsemos, actuemos con virulencia. El Consejo de Cabildos reconsideró la decisión apresurada de la medida xenófoba y ahora realizarán algo menos violento pero también de corte securitista: un desalojo selectivo a través de operativos.

Cuando visitamos Peguche en abril, lo vimos como una posibilidad ejemplar de integración, colaboración y hospitalidad. Es una zona de enorme movimiento: mucha gente de allí ha migrado a Venezuela, Estados Unidos, Europa, viajan

todo el tiempo por el comercio, comercializan sus textiles en todo Ecuador, han visto el mundo, y su comunidad se alimenta de esta cultura migrante. Al mismo tiempo, allá saben lo que es ser de otro lugar y ser discriminado. Al leer sobre las medidas que se tomaron en julio y los operativos que hoy preparan, vemos con pesar que Peguche deja de ser un ejemplo de integración, a menos que reviertan las medidas xenófobas que han tomado, a menos que las iniciativas como las que tuvo Marco vuelvan a despertar para mostrarnos que no todo el Ecuador vive dentro de la ignorancia xenófoba, que aún podemos ser sociedades solidarias, como la que Peguche nos mostraba el año pasado.

3

Informe a partir del proceso de acompañamiento de Corredores Migratorios a un grupo de familias colombianas refugiadas en Ecuador desde junio de 2019 hasta la fecha de cierre de esta edición

La crisis de refugio en Quito no ha terminado: medidas de protección para las familias refugiadas colombianas

Redacción Corredores-Isabel González Ramírez

Desde junio de 2019, Corredores Migratorios ha hecho seguimiento de la situación del colectivo de familias colombianas refugiadas que han sostenido una demanda de protección internacional ante ACNUR Ecuador. Publicamos nuestro primer artículo el día 20 de ese mes y desde entonces hemos acompañado a las familias en su demanda de protección internacional. Se trata de personas amena-

zadas de muerte, perseguidas o que han debido huir de Colombia.

Gracias a la atención y la presión social a la que se han sumado la sociedad civil, el periodismo, las universidades y colectivos independientes como Atopia y Casa Machánkara, la demanda del colectivo de familias llegó a oídos del Consejo de Protección de Derechos y de la Junta de Protección de Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes de Quito, que reaccionó activando cinco albergues en la ciudad. Estos albergues son una medida temporal que vemos como apoyo para que el colectivo pudiera encontrar una salida a su situación, que está en manos de ACNUR, HIAS y la Cancillería, aunque esta última aún no ha ofrecido una solución duradera.

Respecto de las medidas de protección que tiene el colectivo, las recogemos en este comunicado esperando que se cumplan: la Junta de Protección de Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes se ha activado y ha dictado medidas de protección de cumplimiento obligatorio. Ante la situación de las familias en los albergues, aclaran lo siguiente:

- 1.- Las medidas dictadas por la Junta de Protección tienen como objetivo proteger los derechos de las niñas, niños y adolescentes del colectivo. Este organismo dispone medidas de carácter social y educativo como: a) cupos para el cuidado diario y alimentación de niñas y niños menores de tres años en los Centros de Desarrollo Infantil del MIES, b) cupos para la inclusión en el sistema educativo de todas las niñas, niños y adolescentes mayores de tres años de edad, c) atención emergente en salud y d) remisión de los casos a Fiscalía para que se investi-

guen las amenazas contra los progenitores y familias de los niños.

Las amenazas a las familias son de muerte, daño, violación, o persecución. Además de esto, al ser muchas afrodescendientes, han sufrido además y de la manera más concreta los efectos del racismo social y de Estado. Esto afecta, como es obvio, a todos sus miembros. Desde Corredores migratorios, Atopia, la sociedad civil, vigilamos el cumplimiento de estas medidas de protección y estamos en contacto con las instancias correspondientes.

2. De manera posterior, ante la situación de calle a la que se ve expuesta el colectivo después del desalojo de ACNUR, la Junta dispuso a la Secretaría de Seguridad del DMQ (Distrito Metropolitano de Quito) que se habiliten albergues temporales para la protección de las niñas, niños, adolescentes, sus familias, y mujeres embarazadas. Si bien esta medida es temporal, no tiene aún una fecha de finalización pues la situación de riesgo de los niños del grupo persiste.
3. Las medidas dispuestas por la Junta se enmarcan en el Artículo 205 del Código de la Niñez y Adolescencia, que le asigna a este organismo autonomía funcional y operativa para el cumplimiento de la función pública de proteger los derechos individuales y colectivos de los niños, niñas y adolescentes en el Cantón. La Junta es un organismo competente para la emisión de estas medidas.

Entendemos que el incumplimiento de las medidas dispuestas por la



Junta correspondería al delito determinado en el Art. 282 del COIP (incumplimiento de decisiones legítimas de autoridad competente), pero también constituye una grave violación a las obligaciones del Estado ecuatoriano, establecidas en la Constitución y en instrumentos internacionales vinculantes como la Convención de Derechos del Niño. Nos preocupa el estado de indefensión en que se hallan las familias, que se puede ver a través de la situación de sus niños y niñas.

Si bien las medidas de protección emitidas por la Junta son de carácter temporal y emergente, estas deben ser cumplidas y complementadas con el accionar de otros organismos del Sistema Nacional de Protección y deben incluir a las otras personas en situación de riesgo, ya que forman parte de varios de los grupos prio-

ritarios reconocidos en la Constitución del 2008. Por eso, nos mantenemos vigilantes del cumplimiento y hacemos un llamado a las instituciones competentes para que acaten las medidas de protección y se genere una estrategia de diálogo real y salidas viables y dignas para estas familias.

4

Palabra por palabra

Por: Rafael Sánchez-Mateos y Mafe Moscoso

Colaboración desde España

Proponemos llevar a cabo una migración, un viaje por la memoria de un grupo de niños que pasaron por ella y que les pasó por su vida, ella también.

Una migración por la memoria de la historia de los que no hacen historia. ¿La hacen? Este multiverso narrativo se construyó casi en su totalidad en 2014 a partir de un conjunto de verbatims que forman parte del libro de María Fernanda Moscoso R., *Biografía para uso de los pájaros. Memoria, infancia y migración*, para la revista *Josefina la Cantante*, que jamás lo publicó.

En esos días de junio en 2018 hemos oído a los niños gritar en las jaulas aeroportuarias yankees y desde la torre de la capital del capital, de la ciudad de las ciudades volvemos a gritar. Habría que inventar un lenguaje que vuelva a nombrar el mundo para escuchar los llantos. Quizás la incomodidad de la escucha, es decir, la dificultad para hacer algo, es movilizadora. Podemos vivir sin escuchar, también podemos vivir escuchando. El caso es cómo vamos a vivir después de esto. A continuación, los testimonios de lxs niñxs.

El allí del cual venimos.

El aquí del que nos fuimos

Era un pueblo chiquito. Todos nos llevábamos bien. Me gustaba bastante porque había muchos animales, muchas cosas. Era lindo. Al despertar cantan gallos, no llueve tanto, te puedes ir con tus primos a jugar por unos espacios de terreno sin que te digan nada... Yo era bien chiquito. Nos llevábamos todos con otras personas y no nos sentíamos diferentes a nadie. Es que allí hay los que tienen una casa grandota y tienen una mejor vida. En cambio, en el pueblo éramos todos iguales. Nadie se sentía diferente allí.

Alberto, 12 años, España

Como mi abuelita y mi abuelito cuidaban una finca, ahí sabíamos ir a jugar yo y mi hermana. Me sabía llevar mi mami para allí abajo o donde la abuelita de mi mami. Les ayudábamos en la cosecha, sabíamos jugar. Luego donde la abuelita de mi papi como había mucho espacio, le acompañábamos a ver las vacas, sabíamos jugar fútbol y como había muchos huertos, ahí sabíamos ir a coger limones y a chupar. Igual había árboles de guabas, de moras. Ahí sabíamos ir a coger.

Manuel 12 años, España

Pero mi papá no era tan bueno porque tomaba mucho alcohol y estaba borracho, y le atacó a mi mamá y llamaron a la policía y se fue a la cárcel.

Miguel, 8 años, Alemania

Vivía justo a la entrada del pueblo, tranquilo. Aunque en las fiestas había peleas y muertos. Está cerca de Portoviejo y Manta, y esas dos ciudades son de matones. Siempre te traes el periódico y ves muertos. No me gustan los periódicos de Ecuador porque ahí te enseñan la muerte.

Marco, 12 años, España

Se fue. Se vino

Mi mamá me dijo: “ya no hay dinero, me tengo que ir para encontrar un mejor trabajo. Aquí no hay.”

Paola, 13 años, España

Mi mami trabajaba y venía de noche. A veces nos fuimos a pasear. Una vez con mi tío y casi toda la familia nos fuimos a la playa, excepto mi mami porque se tuvo que quedar trabajando. Me acuerdo que siempre iba a trabajar, pero no tenía tanto dinero. Necesitaba tanto

dinero que algunas veces trabajaba los domingos.

María, 12 años, España

Peleaban. Me acuerdo que peleaban mucho con mi mamá. De esas cosas que peleaban y eso; entonces se decidió venirse acá a Berlín. Como su amiga también quería venirse acá, entonces, ella yo creo que el problema con mi papá, se enojaban, se peleaban y mi mamá quería salir de allí. Entonces, claro, yo creo que era lo mejor para ganar dinero y comprar una casa. Por eso fue que vino acá, no sabía dónde, pero la Hauptsache (lo principal) era salirse de Ecuador.

Paula, 13 años, Alemania

Y dije: "nos deja para siempre, no quiere saber nada de nosotros, mi mamá no nos quiere volver a ver, nos quiere dejar solos".

Tania, 13 años, Alemania

Papá dijo: "no, se va un tiempo, no nos deja solos..." Yo le decía: "no, ¿por qué tienes que irte?". Y ella me dijo que allí donde iba encontraría un mejor trabajo y viviríamos mejor. Yo le dije: "pero a mí me gusta aquí", y ella me dijo: "sí, pero ya no encuentro ningún trabajo".

Tania, 13 años, Alemania

Cuando nos levantamos al día siguiente, mi mami nos dejó una muñeca. Nos levantamos, vimos las muñecas y ponía nuestro nombre. Dijo que, para no hacernos llorar, dijo que se fue con unos amigos, que ya iba a venir. Entonces nosotros seguíamos esperando a mi mami hasta que unas tías nos contaron que se fue a España a trabajar para poder tener dinero y ropa y eso.

Marta, 12 años, España

En medio

Los primeros seis años los pasé con mis abuelos, súper hermoso. Fue una de las mejores partes de mi vida porque era un método sencillo de vida. Yo tenía lo que yo quería, no era demasiado, pero tenía lo que yo quería. Eran mis abuelos, pero había mucho cariño entre los tres.

Édison, 14 años, Alemania

Entonces, fue otro cambio. Entonces, en general, yo hoy en día me pregunto y antes tenía más preguntas y no sabía: ¿por qué estoy aquí y no en mi casa?

Édison, 14 años, Alemania

Sin mi mamá yo sentía que algo pasaba. Mi mamá faltaba, pero con mi papá era muy chistoso, hacíamos con él lo que hacíamos con mi mamá: él cocinaba, nos hacía el desayuno, escuchábamos música juntos. Cuando era aburrido, bailábamos y hacíamos lo mismo... Las cosas cambiaron porque no había mamá y ya no la veía, sólo veía a mi papá en la cama escondido. Siempre que nos pasaba algo, corríamos donde ella y le decíamos "esto y esto no es así", y luego sólo íbamos donde mi papá, confiamos en él. Sí cambio todo.

Tania, 13 años, Alemania

Las cosas cambiaron mucho. A mí me tocó coger la responsabilidad de la casa, o sea, lo que es hacer en la casa. Entonces, tenía que dejar cocinado, ir al colegio, lavarle a mi papá, plancharle, limpiar la casa. Yo tenía doce años. Más me cogió a mí que a ellos. Primero es muy difícil, demasiado fuerte, porque de repente ir al colegio, dejar cocinado, regresar del colegio y cocinar, los fines de semana lavar y planchar, entonces era un trabajo muy difícil. Entonces, después ya me tocaba plancharme los uniformes, a

mi hermano ¡ay no! Bueno, por eso aprendí y ahora sé cocinar, lavar y planchar y él (su hermano) se volvió bien apogado a mí.

Lucía, 13 años, Alemania

No sentí nada y eso es algo de lo cual siempre me sorprende, porque cuando me pasa algo malo, algo pasa para que no me llegue a la cabeza. Porque no sé, fue algo así. Ella se vino, y me dijo que se iba de vacaciones y en parte creo que era así, y en esa época yo dije: “es tiempo de estar acá y ya está, hay que ver que viene”. Y claro, la extrañé, no lo demostré quizás de una forma que me puse a llorar o que pensaba sólo en eso, pero mi cuerpo reaccionó distinto porque esas primeras tres noches yo no pude comer, porque todo lo que comía, lo vomitaba en el baño. Mi cuerpo reaccionó distinto, los nervios, yo que sé.

Édison, 14 años, Alemania

Prestación. Obliga. Prestación

No me acuerdo de haber vivido con mi mamá. Sólo escuchaba que mi mami vivía en Alemania y que me mandaba cosas de Alemania, ropa.

Pablo, 9 años, Alemania

Mi mamá siempre nos mandaba plata para ropa, para la escuela. Entonces, nos compramos una bicicleta, nos comprábamos lo que antes no podíamos tener.

Camila, 13 años, Alemania

En la primera comunión hablábamos para hacer un vídeo. Les mandábamos saludos, así hablando y les sabía coger el sentimiento a mi mami y sabía ponerse a llorar.

Alberto, 12 años, España

Mi mamá me va a mandar “dolores”.

Mamá de Jenny, España

Cuando tenía internet, me conectaba con ella. Ella hacía giros, dinero, cada mes para mis cosas.

José, 11 años, España

Era triste cuando no llamaba. Alguna vez no podía porque yo estaba en el colegio, allá son seis horas de retraso. Me dijo mi madre que vivía y trabajaba con unos niños de interna. Una niña le trató muy mal y cuando mi madre limpiaba y ordenaba para su madre, al instante desordenaba y decía “recoge esto y ordena”. Trabajó con otros niños, la trataron bien: tenía que ir a dejarles al colegio, limpiar la casa, ayudarles a los niños a hacer deberes, ayudar, pero le trataron bien.

Marco, 12 años, España

Mi mamá mandaba de vez en cuando juguetes, fotos, cartas. Me mandó fotos de la nieve y yo vine en pleno verano y decía: “¿y dónde está la nieve?” y ella “aquí es verano” y yo “quiero ver la nieve”, “aún es verano, no puedes, falta mucho para el invierno”.

Marco, 12 años, Alemania

Viaje

Estábamos con mi tía. Ella estaba encargada de todos nuestros papeles. Fuimos a poner nuestras huellas en la embajada de España allá en Ecuador. Con ella estábamos haciendo los papeles, luego pusimos las huellas y dijeron que espere 15 días a ver si le han dado el visado o no. Luego estábamos esperando, luego fuimos a ver si nos había salido el visado. Luego, como tocaba hacer unos papeles sobre la niñez y la adolescencia para ver

si nos dejaban salir, entonces estábamos haciendo todos esos papeles. Luego ese papel de la niñez ya salió y de una mandaron a pedir los boletos de viaje para venir acá.

Manuel, 12 años

Después mi mamá ya regresó otra vez acá y comenzó a llamarme y a insistirme que viniera acá, a convencerme. Pero yo le decía que no porque no le quería dejar a mi papá solo, porque me daba mucha pena que él se quedara solo y me dolía mucho verle así. Me imaginaba yo acá y mi papá solito.

Paula, 13 años, Alemania

Yo me vine por la ilusión de..., una cuando está en Ecuador, lo que quiere es salir, conocer otro lugar... Yo me vine por la ilusión más que nada.

Juana, 14 años, España

Decía: "Alemania, aprenderme el himno nacional, las calles, el idioma, la cultura". Yo decía: "ha de ser difícil o ha de ser chévere". Alemania no queda aquí en la esquina o viajar. A mí me encantaba la geografía, viajar a otro continente.

Édison, 14 años, Alemania

Los últimos días antes de venir aquí estaba en casa y mi abuelita salía y decía que ya no voy a ir al colegio. Luego el busero ya no volvió a venir. Luego hicimos las maletas. Todo para venir aquí. Nos cortamos el pelo para venir aquí.

Elena, 11 años, España

Mi mami se fue cuando yo tenía tres años. No me acordaba de mi mami y con cinco años me vine a Berlín y vi a mi mami.

Ana, 12 años, Alemania

No me despedí de mi papá, él había dado firma, pero no sabía cuándo iba a venir. Después de dejar Ecuador, lo llamé por teléfono: le expliqué que no me despedí de él porque no quería que llorara.

Paula, 13 años, Alemania

Cuando le vi a mi papi me dio alegría porque... ¡como no me acordaba!

Mercedes, 9 años, España

Con la ilusión, ella estaba saltando de alegría porque nos vio. Creo que nos estaban grabando o tomando fotos. De allí vinieron todas a abrazarnos a mi abuelita y a mí, llorando, con los ojos rojos y, bueno, mi hermana no lloró ni yo tampoco. La que lloró fue mi abuelita. Mi hermana dijo que no quería llorar, pero no quería, no sé por qué. Entonces, le dio ganas de reír, como estaba chimuela, le daba ganas de reír.

Marta, 12 años, España

El aquí al cual vinimos. El allí al que fuimos

Muy extraño. Pensé que estaba en otro mundo, o sea, sentía que no era igual. Era una vida muy diferente, otro mundo, otra casa, la gente, todo era diferente.

Lucía, 13 años, Alemania

Yo me vine porque quería conocer, pero a las dos semanas me quería ir. No me enseñaba.

Alberto, 12 años, España

Pensé que era bonito, más moderno... Y en el taxi yo pensaba que no iba a ser tan caro, y me quedé asombrado: no había vacas pastando en las calles jajajaja.

Marco, 12 años, España

Es bonito aquí, pero las personas no son como nosotros. Allí son más alegres,

aquí también, pero no sé, algo falta.
Alfonso, 11 años, Alemania

Llamo a una amiga cada semana. Me cuentan lo que han hecho los compañeros, una compañera y un compañero se odian a muerte.
Felipe, 12 años, España

Los dos primeros años fueron muy difíciles para nosotros, porque no nos acostumbábamos. Aquí todo era muy silencioso y tranquilo y no podíamos jugar. En el otro lugar que vivíamos, cuando jugábamos, los vecinos protestaban porque hacíamos mucho ruido. Recibimos muchas quejas porque hablábamos muy alto.
Camilia, 13 años, Alemania

Siempre cuando voy en Alemania, me acuerdo cómo es allá. A pesar de que pensaba que aquí era bien bonito, pero si estás aquí largo, ya te das cuenta que allí es más bonito que aquí, pero yo sé que para mí es mejor estar aquí que allí, porque las personas que están allá no tienen este chance de estar en la escuela como yo.
Pablo, 9 años, Alemania

Me gustó vivir en esa casa porque nos levantábamos de la cama, como allí, se escucha las voces de los pájaros: a mi hermana le encantaba, a mí también.
María, 12 años, España

Aquí mal, peor porque no me centro en lo que tengo que hacer.
Paola, 13 años, España

Acá algunos son muy racistas, porque yo tengo una amiga que es colombiana y siempre nos dicen que somos morenas, que somos negras. Nos dicen

que nos vayamos a nuestro país.
Paola, 13 años, España

Porque ellos hablaban entre ellos en alemán y no les entendía, y yo me quedaba chuta. Y le preguntaba a un niño: “oye, ¿qué dicen?” y él decía “ey, estoy hablando, no me molestes”. Bueno, ahí aprendí el alemán. No entendía las matemáticas, no podía entenderme con los profesores y era un poco vergonzoso ¿sabes?
Alfonso, 11 años, Alemania

Yo no sabía la regla que no podías jugar en el patio al fútbol y me soltó un Tadel (amonestación), como una advertencia y como me quedé y ese día me puse a llorar. En la clase lloraba y me decían: “ya cálmate”. Te pone: “esto hizo el niño a tal hora” y tienes que darle a tus papás que firmen, y si tienes tres o cuatro, tienes un Verweiss (reprimida). Yo tenía miedo, ya tenía advertencia, bueno, yo había jugado con una niña y le tiré algo y un profesor me soltó un Tadel. Yo: “¡por favor, quítame el Tadel!”
Alfonso, 11 años, Alemania

Después cuando me pasé a otra escuela, me comencé a ser sumisa. Comencé a hacerme schüchtern, ¿cómo es? tímida, entonces no sé, ya no era como en Ecuador: no me daba vergüenza de nada. En la clase yo me paraba y les decía todo a los profesores. En cambio, acá todo me daba vergüenza. Si hablaban alemán, me daba vergüenza hablar mal y que los otros se burlen. Si hablaba, hablaba un poquito, tenía miedo de que me remeden. Me siento súper mal.
Paula, 13 años, Alemania

No, es que es raro. No sé: “zapato”... no me adapto. Hay niños que son latinos

y hablan con la z, pero yo no. No conocía a nadie primero y al principio todo era muy diferente. Decía “voy a botar” y me decían “¿a botar?”, “a tirar” o “se me olvidó la funda, ¡uy! ¡la bolsa!”. Casi nadie me entendía, entonces casi nadie se llevaba conmigo o con mi hermana. Bueno, los latinos sí pero los españoles casi no.

Marta, 12 años, España

País sin paisaje

No me siento migrante, me siento como una más de todos.

Lucía, 13 años, España

Yo estoy orgullosa porque ser de un país no tiene nada de malo, no tiene por qué ser diferente. A veces son un poco racistas, a veces los trabajadores dicen que los ecuatorianos que vienen les van a quitar el trabajo. Que vienen un montón y que son una plaga, una epidemia.

Lucía, 13 años, España

Yo tengo en el instituto un amigo que se llama Bernardo y Paul, son mis mejores amigos. Los dos de España. Han venido acá a jugar, yo he ido a su casa, me han invitado a ir de caza. Yo pensaba que no iba a tener amigos, que me iban a discriminar por ser de otro país y no fue así. Todos querían que vaya a jugar, me invitaron a comer a su casa y a jugar, íbamos a jugar todos los días.

José, 12 años, España

A los raperos nos discriminan porque dicen que los latinoamericanos se emborrachan y van a beber, y hay peleas y hay matanzas. Entonces yo creo que nos discriminan a los raperos.

Alfredo, 13 años, España

La gente encuentra bonito que hable español, que dicen que quieren aprender español. También les gusta mi pelo. Mis amigos dicen que les gusta mi pelo y mis ojos, y yo les digo que yo odio mis ojos, que yo quiero tener ojos azules. Dicen que tengo lindo color de piel, que soy muy morena y ellos son tan blancos.

Tania, 13 años, Alemania

“¡Oh Ecuador!, Gute Bananen” dicen.

Lucía, 13 años, Alemania

Por el color de la piel, si no nada más, en el acento, pero yo siempre los veo iguales.

Lucía, 13 años, España

Yo no quiero hacer el trabajo de mi mami. Todo el día la jefa gritando y ella trabajando y trabajando sin parar. Yo no quiero eso para mí.

Marta, 12 años, España